

Más allá de 1512



Floren Aoiz

MÁS ALLÁ DE 1512
MEMORIA, POLÍTICA Y HEGEMONÍA



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Noviembre de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Floren Aoiz

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 70 39 34
Fax 948 70 40 72
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-2049-2012

ISBN
978-84-15313-32-8

DISEÑO DE PORTADA Y COLECCIÓN
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Amagoia Arrastio

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia



1. Gramsci en la Nabarrería

En el que se cuentan las imaginarias peripecias del espíritu de Antonio Gramsci en los Sanfermines de 2012

«¿QUÉ PINTARÉ YO EN ESTA CIUDAD?», se pregunta el espíritu de Gramsci mientras sobrevuela –ventajas de los espíritus– Iruñea un día de julio de 2012, en plenos Sanfermines. Puede que no sepa muy bien qué le ha llevado a este lugar, pero sí por qué está siguiendo a varias personas que disfrutan de la fiesta chapuceramente disfrazadas al estilo del siglo xvi.

Los vio por primera vez en la Plaza de Toros, con bolsas de basura simulando cotas de malla, con sus yelmos de todo a cien y espadas de plástico y, ciertamente, le costó entender qué hacía esa gente disfrazada de esa guisa. Cuando comprobó la reacción de los ricos y las autoridades sentadas a la sombra, una luz empezó a encenderse en su cerebro. Por eso ha decidido seguirlos, aunque hasta a un espíritu bregado en mil luchas como el suyo le resulta difícil hacerlo en el caos de la fiesta, cuando la muchedumbre disfrazada se disuelve en mil grupitos que toman rumbos diferentes. Finalmente, ha decidido acercarse: esta gente ha conseguido intrigarlo.

Ahora los tiene al lado, en un bar bastante oscuro y lleno de gente que baila, bebe, suda y disfruta la fiesta mientras un DJ pincha junto a la barra. Ahora que escucha sus conversaciones, Gramsci, a su modo, los entiende. Recuerda la carta que escribió, desde la cárcel, a su hijo Delio: «yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre ellos en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede no gustarte más que cualquier otra cosa...».

Cuando, en otra parte del mismo bar, escucha a un grupo de turistas comentar que esta gente está encallada en la historia, una sonrisa se esboza en su espectral rostro: ha entendido perfectamente que lo que está en juego, lo que ha llevado a esta gente a disfrazarse como hace 500 años, no es nostalgia, sino la percepción, y hasta la ilusión, de estar formando parte de una batalla muy presente. «Esta gente no quiere recordar la historia, quiere hacer historia», piensa.

De sus labios cae una palabra, usada en primer lugar por los bolcheviques, popularizada más tarde, entre otros, por él mismo: hegemonía. «Lo que está en juego», piensa, «no es la historia, sino la hegemonía. Por eso se han colocado un disfraz que les hace sudar como cerdos y juegan con sus armas compradas en el cercano bazar chino que difícilmente resistirán unos embates más».

Enfrascado en estos pensamientos, Gramsci intenta salir del bar, cuando choca, estrepitosamente, con otro espíritu. «Vaya», piensa, «esto está muy concurrido».

El recién llegado, que porta su cabeza seccionada en la mano derecha, tiende a Gramsci la izquierda. Le confiesa que lleva horas persiguiendo escudos, cotas de malla y, reconoce, pícaro, campesinas.

—Soy Miguel de Bertiz —le dice—, en 1522 me cortaron la cabeza, entre otras cosas, por celebrar un año antes en estas

mismas calles la retirada de los malditos españoles. Sinceramente, me lo pasé de maravilla –le confiesa alegre–. Les dimos una buena paliza a los alaveses y beamonteses de nuestra misma lengua y nación que servían al emperador español, alemán, flamenco o lo que fuera. Agarramos a una buena banda de soldados castellanos que venían huyendo desde Garazi, pero tenían salvoconducto. Bueno, yo era un simple escudero, un día fui criado del mariscal, que no andará muy lejos, ahora que lo recuerdo, pues los españoles lo suicidaron teniéndolo preso, en fin... Los criados, los escuderos, valemos para hacer guerras y trabajos de todos los tipos, pero mandar, eso hacen otros, ya sabes...

Gramsci sabe, claro que lo sabe. Se siente tentado a comentar al escudero Bertiz unas palabras de Lenin, aunque no sabe muy bien cómo explicarle quién era el bolchevique. Pero no tiene tiempo para abrir la boca. El viejo está emocionado y se atraganta con sus propios recuerdos.

—Tiramos por el barro los escudos imperiales españoles –le cuenta, entre la creciente alegría de Gramsci que se siente, pese a todas las distancias, ante uno de los suyos–. Nos paseamos en la mula del duque de Nájera, el virrey español. Gritábamos a quien quisiera oírnos que era mejor no cruzarse en nuestro camino, porque llevábamos 9 años acumulando rabia y había llegado la hora de la venganza. Una venganza que no nos cobramos, pese a todo. Era mejor asegurar las cosas, no ponérselo fácil a los españoles. Hasta muchos de los que les abrieron las puertas en 1512 se nos habían unido para echarlos, no íbamos a hacerles el juego; había cosas más importantes que sacudirnos la rabia. ¿No te parece?

Sí se lo parece y los consejos de Maquiavelo pasan un momento por su mente. Pero Gramsci no tiene tiempo de decir nada ante la palabrería incesante de Bertiz, cada vez más emocionado, tanto como un espítitu nostálgico puede emocionarse en Sanfermines, casi 500 años después de ser ejecutado por los vencedores, ellos sí deseosos de venganzas crueles.

—Pero, ¿sabes? —añade mientras un gesto de amargura se dibuja en su rostro espectral—, perdimos, y lo que me hicieron antes y después de separarme la cabeza del tronco, mejor ni te lo cuento.

Gramsci se da cuenta de que ni siquiera ha podido presentarse y se pregunta cómo hacerlo ante este dicharachero individuo. Por un momento piensa que le dirá algo de la cárcel, los dos la sufrieron en tiempos distintos. De hecho, las cárceles de Mussolini acabaron con él. Y hay algo en la prisión que no tiene que ver con los siglos ni las circunstancias concretas, un buen inicio para la complicidad, incluso con alguien que tiene la cabeza ¡sobre la mano! Pero esta vez también es inútil, ni siquiera tiene oportunidad de intentarlo.

Empeñado en hacer de cicerone, Bertiz lo agarra del hombro y lo lleva por las calles de la Navarrería, el barrio que muchos siglos antes fue arrasado, le cuenta, por orden de un rey, para mayor gloria de los francos.

Bertiz revive una y otra vez sus hazañas de 1521, y se empeña en rememorar ante Gramsci cómo encabezó a las gentes sublevadas, y cómo, más tarde, se burlaron del duque de Nájera, el virrey español que había salido huyendo. Entre tanto, Bertiz bromea sobre la particular imaginación de los modernos hacia los tiempos pasados:

—¡Qué gente más graciosa! Si hubieran paseado por estas calles vestidos así hace 500 años... Pero, bueno, supongo que lo importante es la intención —le dice, mientras una lagrimilla se escapa de su cabeza cortada—: hace ilusión sentir que se acuerdan de uno, que la gente tiene en cuenta lo que nos hicieron...

Pero la lágrima cae y Bertiz no tarda en volver a su perorata, de nuevo con la sonrisa en la boca:

—Fueron alegrías pasajeras, la verdad, pero éramos un enjambre en pueblos, valles... y en estas mismas calles, aunque ahora están muy cambiadas, la rabia era incontenible. Bertiz el Viejo me llamaban, sí, pero nunca me sentí más joven, ni siquiera ahora —rie— que no tengo edad.

—Si no nos hubieran sujetado habríamos acabado con ese maldito Loiola y los demás siervos del emperador que nos bombardeaban desde el castillo. Luego llegó Noain, nos derrotaron y el cielo se llenó de nubes, aunque me da a mí que ahora se ve un poco más de luz —comenta esperanzado Bertiz—, no sé, yo no entiendo de estos tiempos, pero algo barrunto, qué quieres que te diga. Será que me gustaría que llegara nuestra hora, aunque sea tanto tiempo después, aunque yo ya no vaya a disfrutarla.

Gramsci acaricia por un momento la idea de que a Loiola le hubieran cortado la cabeza las gentes indignadas de Iruñea en 1521 sin darle ni tiempo ni ocasión de fundar la Compañía de Jesús. Es una imagen tentadora, pero, hasta en su vida de espíritu, le gusta tener los pies sobre la tierra, así que prefiere dejarla a un lado, aunque la reserva mentalmente.

Bertiz, entretanto, ha avistado bajando de la catedral a una nutrida cuadrilla de mujeres pirenaicas, de piel algo tostada, eso sí. Es comprensible: les cayó encima la represión más brutal, con torturas y la horca, como castigo por sus escasas ganas de acomodarse a las nuevas normas impuestas por los invasores.

Una de ellas, con bastantes años a sus espaldas, se separa del grupo y, alegre, se acerca y da una palmada en el culo a Bertiz.

—Buen mozo —le dice—, te daría un beso si no tuvieras la cabeza tan a desmano...

La recién llegada, que lleva un hermoso pañuelo al cuello, con el que tapa la horrible cicatriz de la horca, saluda con un guiño a Gramsci:

—No sé quién eres, pero me gusta tu mirada: es limpia. No te preocupes, te voy a librar de este viejo pesado, lo conozco bien, comienza a contar historias y como todos los hombres, lo que le gusta es oírse a sí mismo. Luego, claro, olvidan a las mujeres hasta que nos buscan por algo. Ya me entiendes.

—Lo siento, amigo, pero he encontrado un plan mejor —le dice Bertiz a Gramsci.

Y la mujer y el viejo se marchan. Ahí se queda el sardo, preguntándose por un momento quién le habrá mandado pasar estos días de julio tan lejos de su habitual morada. «Volvamos a casa», piensa. «Alguna ventaja tenía que tener estar muerto», se dice, mientras se deja llevar por el cierzo que acaba de desatarse hacia el Ebro, primero, y, más tarde, hacia el Mediterráneo.

Pero nada es perfecto, ni siquiera para un espíritu, así que no tarda en sentirse cansado: «malditos dolores», se dice, «ni muerto me libro de ellos», pero una sonrisa lo delata: en Iruñea se ha divertido.

2. Instrucciones de uso

En el que se ofrecen algunas ideas para orientarse en este libro

Hemos comenzado haciendo pasear el espíritu del pensador y militante revolucionario «sin revolución», Antonio Gramsci, por las calles de Iruñea junto a la gente que secundó el llamamiento de la plataforma popular Nafarroa Bizirik, para disfrazarse una tarde de Sanfermines a la usanza de 1512. Lo hemos presentado de la mano de una figura emblemática de la resistencia a la conquista y recordando a las mujeres que sufrieron la represión inquisitorial.

Ha sido una licencia ensayística (más que poética) o, si se prefiere, una pequeña gamberrada, incluso podríamos decir que una irreverencia, que pretende servir de anticipo de otras rarezas que poblarán este libro. Pero, sobre todo, era una manera de presentar algunos de los temas que vamos a tratar y, sobre todo, de sugerir un concepto que va a ser central en toda la reflexión que propongo: hegemonía. A fin de cuentas, ¿quién mejor que Gramsci para representar la centralidad de esta idea? Tanto más teniendo en cuenta que él, un gran teó-

rico de la lucha por un futuro de emancipación, era también un gran apasionado de la historia.

Hablaremos de hegemonía, de emancipación y de historia, pero digamos por ahora que estas tres son ideas claves para comprender lo sucedido en 1512, el tratamiento que aquellos hechos han tenido a lo largo de los tiempos, la batalla librada en torno al quinto centenario y el presente y el futuro del país.

Eso sí: adelanto que aunque vamos a prestar atención al pasado, este es un libro que pretende, más que cualquier otra cosa, apuntar al futuro.

Me preocupa el porvenir, a la vez que me ilusiona. Vivimos «tiempos interesantes», como ha escrito el filósofo Slavoj Žižek (*¡Bienvenidos a tiempos interesantes!*, Txalaparta, Tafalla, 2011, pag. 27) y creo que bien podemos aplicar la idea a nuestro contexto. Aunque se trata, a la vez, de una época dura en muchos sentidos, en la que las condiciones de vida y trabajo de la mayor parte de la gente están empeorando notablemente de un modo acelerado. Tiempos de recortes, de corrupción, de crisis, de destrucción de la siempre limitada vertiente social de los estados y de choques ideológicos, políticos y sociales de todo tipo.

Pero tiempos, también, que tienen poco que ver con el tantas veces pregonado fin de la historia. La nuestra es una época que tritura el espejismo del ocaso de las ideologías. La supuesta victoria del capitalismo aparece más bien como la confirmación de su carácter injusto, caótico, criminal y destructor del planeta, en medio de una crisis mundial de consecuencias hoy en día imprevisibles pero aterradoras, una crisis que ha despertado energías adormiladas y ha colocado a las fuerzas transformadoras y de izquierda ante nuevas tesituras y esperanzas. Renacen debates que algunos prematuramente habían querido enterrar y surgen nuevos proyectos emancipadores mientras los pueblos intensifican sus demandas de libertad.

Caen mitos, como el de la fecha de caducidad de los estados frente a proyectos como la Unión Europea. Los procesos independentistas, tan satanizados en otros tiempos, afloran ahora, incluso en nuestro entorno, con renovados bríos, apareciendo como fuerzas emergentes y renovadoras, frente a la fosilización de lo que en otro tiempo fueron ambiciosas potencias coloniales: Francia, España, Bélgica, Gran Bretaña...

La izquierda petrificada se ve obligada a reconocer nuevos protagonismos y poner en cuestión muchos de sus dogmas, mientras la socialdemocracia toca suelo en su debacle ideológica y política. Surgen en el mundo, sobre todo en América, nuevos sueños y se experimentan nuevas fórmulas, criticadas a veces como populistas, enfrentadas a grandes dificultades en todo caso, pero que nos muestran una impresionante capacidad de movilización social y reactivación ideológica y política. Paralelamente, irrumpen en el escenario de la acción, el debate y la movilización, gentes que hasta ahora no habían estado muy cercanas a la protesta social, arrastradas por la crisis y las políticas de shock.

En este contexto, en el que tanto la izquierda como los movimientos emancipatorios de los pueblos han adquirido nueva visibilidad e influencia, hay que situar el quinto centenario de la invasión de 1512.

Las cosas podían haber ido de un modo diferente en otra situación, sin esta crisis o sin un debilitamiento tan claro del relato identitario y político españolista. Pero, sobre todo, nunca habrían sido así si no se hubiera establecido un pulso, aparentemente, en torno al relato histórico, al qué y por qué celebrar. Pero, un pulso, en el fondo, en torno a la hegemonía.

Desde mi punto de vista, merece la pena preguntarse (y contestarse, claro) por qué se ha llegado a este punto, por qué han cosechado un fracaso tan estrepitoso los defensores de la versión hasta ahora dominante y, sobre todo, qué podemos extraer de todo esto con la vista puesta en los desafíos del futuro. Este es el objetivo del libro.

Para quienes hayan conocido mis anteriores obras, *La vieja herida. De la conquista española al Amejoramiento Foral* (Txalaparta, 2002) y *El jarrón roto. La Transición en Navarra: una cuestión de Estado* (Txalaparta, 2005), aclaro que este va a ser un libro muy distinto. Será breve y ligero en cuanto a aparato de citas se refiere. Las menciones irán al final y, en todo caso, remitimos el lector a la dirección www.elomendia.com/1512, en la que encontrará más información. Será en esa página web, además de en las redes sociales, donde cualquier lector o lectora interesado podrá hacerme llegar sus opiniones, ideas, críticas...

Aunque el tema es muy serio, pues hablamos de unos sucesos históricos trágicos tanto en su desarrollo como en sus consecuencias, he intentado que esta gravedad no convirtiera este escrito en algo demasiado pesado.

Profundidad de análisis, crítica y entretenimiento no tienen por qué ser incompatibles. No es que comparta sandeces como eso de que la revolución debe ser bailada o no será. La gente con verdaderas necesidades y que se toma en serio sus demandas no pierde el tiempo poniendo como condición que sus formas de lucha sean estéticamente guays. Pero hay en la movilización, en la acción política e incluso en la teorización y la reflexión un componente lúdico, subjetivo, alegre, sarcástico o irónico a veces, otras ingenuamente divertido, que nunca está de más.

Podemos quedarnos, por ejemplo, con la severidad del castigo que sufrieron Bertiz y otros muchos, como el caballero de Rada que a puros tormentos descoyuntaron en 1512 en Tafalla, según cuenta Garibai. Pero también podemos posar nuestra mirada sobre la fiesta en la que se convirtió Navarra en 1521, una vez expulsados los españoles, aunque fuera por tan poco tiempo. Podemos imaginarnos a Bertiz el Viejo y los suyos sobre la mula del virrey, arrastrando los símbolos de

los invasores por el barro, disfrutando de la libertad, aunque efímera; aunque no fuera, en absoluto, en aquel tiempo de señores, frailes y reyes, la libertad que ahora imaginamos.

Debemos hacer las dos cosas y aun necesitaremos muchas más miradas, sin duda, pero está bien transgredir, desde un principio, el principio, valga la redundancia, de que una reflexión seria debe ser aburrida. Por eso vamos a realizar algunos guiños a personajes y agentes del pasado y del presente, porque queremos gozar de y con la imaginación, que es una de las claves del pensamiento crítico. No vayamos a olvidar que de poner límites al pensamiento y la creatividad ya se encargan otros.

El mundo está lleno de libros somníferos (gracias a mis anteriores obras también, me temo). No hacen falta más. Así que vamos a hacer un collage innovador de pasado, presente y futuro. No prestaremos mucha atención a las normas establecidas sobre qué debe ser considerado anacronismo, aunque no por ello dejaremos de intentar pensar con rigor. Claro que los tiempos son diferentes, pero siempre que ha habido injusticias, alguien las ha denunciado, del mismo modo que alguien ha desarrollado ideas para justificarlas. En todo caso, intentaremos ser valientes desafiando los límites y las normas del pensamiento oficialmente establecido.

Mi intención es proponer una reflexión para los próximos años aprovechando los aniversarios «celebrados» en 2012. De hecho, vamos a comenzar por valorar estas conmemoraciones en el contexto de la situación social, económica y política de Euskal Herria. Volveremos la mirada hacia el pasado, claro está, pero con la pretensión confesa de ofrecer propuestas para el futuro. Los aniversarios cubiertos en este 2012 actuarán así a modo de intermediarios entre unos tiempos y otros.

Es, en mi opinión, lo que merece la pena hacer para sacar todo el partido que podamos a estos tiempos interesantes.

En cualquier caso, para quien tenga sus dudas sobre la conveniencia de prestar atención al pasado y las batallas que

se han librado acerca de la historia y la memoria, hay una segunda opción: pasar directamente a la tercera parte del libro, en la que nos referiremos sobre todo al presente y al futuro. Mi objetivo ha sido lograr que este trabajo pueda leerse pasando por alto algunos capítulos, no porque los considere secundarios, sino porque estoy convencido de que quien dé el salto terminará por volver hacia atrás.

3. El concepto de hegemonía como eje de esta reflexión

En el que se explica por qué este concepto deviene tan importante para tejer esta aportación sobre el pasado, el presente y el reto de construir un futuro diferente al que pretenden imponernos

Hemos comenzado este libro hablando de Gramsci y, ciertamente, a él le debemos una concepción de la hegemonía extraordinariamente sugerente para el análisis y la acción política emancipadora. Pero, más allá de este pensador, se ha escrito y dicho tanto sobre la hegemonía, los debates en torno a este concepto han sido tan intensos y densos, que sería demasiado ambicioso pretender dar cuenta de lo que podríamos llamar *el estado de la cuestión*.

En todo caso, pese a la importancia de las ideas y enunciados de Gramsci, los tiempos que corren son muy diferentes a los que le tocó vivir y es conveniente prestar atención a los grandes avances que otros muchos autores han puesto sobre la mesa en esta materia. Además, por supuesto, la práctica política colectiva nos ofrece una experiencia muy rica que nos puede ayudar a entender la importancia que tiene este concepto en los antagonismos políticos, sociales e ideológicos.

Por todo ello, y como este no pretende ser un libro teórico sobre la hegemonía, parece mucho más adecuado limitarse a exponer una explicación del concepto en el sentido que le voy a dar en este trabajo. Es obvio que existen diversas interpretaciones del término, por lo que es necesario delimi-

tar su sentido en cada caso concreto. En el nuestro, lo utilizamos como concepto aplicado al combate entre fuerzas antagónicas en un contexto de democracia formal burguesa. Por hegemonía entendemos, en este ámbito, la capacidad de generalizar una visión del mundo (Ceceña, Ana Esther: «Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites» en Ceceña, Ana Esther (comp.): *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, CLACSO, Buenos Aires, 2004) o, más exactamente, de un modelo político identitario. Diríamos, con Íñigo Errejón, una «identidad política»:

En la política, los bandos, el campo de batalla (o de negociación) y los términos del combate no están anclados, sino por construirse en la lucha discursiva. La «guerra de posiciones» es, en efecto, esa actividad de articulación que compone los bandos y los moviliza. A esos «bandos» les llamamos identidades políticas. (Errejón Galván, Íñigo: «¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía», *Revista Internacional Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 2011, p. 9, <http://www.academia.edu>.)

Frente a la matriz de la pura dominación militar, basada en el ejercicio de la fuerza, la hegemonía, sin rechazar esa posibilidad, pone el acento en la producción de consentimiento. Dicho de otro modo, hablamos de la capacidad de un grupo, clase o agente social de lograr que su punto de vista, acorde con sus intereses, sea percibido y asimilado como sentido común, como coincidente con el interés general.

Hay que señalar que «la dominación se reproduce en lo cotidiano y en la creación de sentidos comunes que perciben y reproducen las relaciones sociales como relaciones de poder» (Ibid.), sin olvidar «las manifestaciones de fuerza que provienen de las condiciones objetivas en las que tienen lugar las relaciones sociales, sea que estas aparezcan bajo formas explícitas o solo bajo formas disciplinarias o indicativas» (Ibid.). No hablamos, por tanto, de una generación de consentimiento basada exclusivamente en la capacidad de convencer, sino de un predominio que puede basarse tam-

bién en formas más o menos visibles y más o menos duras de coerción, presión, imposición o delimitación forzada de los límites.

Para no eternizarnos en esta cadena de definiciones, explicaríamos, con Žizek, que la hegemonía pasa «por la apropiación de aquellos conceptos que son vividos “espontáneamente” como “apolíticos”, porque trascienden los confines de la política» (Žizek, Slavoj: *En defensa de la intolerancia*, Barcelona, *Público*, 2009, p. 15)

¿Por qué hablar de hegemonía y, sobre todo, darle esta centralidad en un ensayo sobre los aniversarios celebrados en 2012? Porque hegemonía es un concepto muy importante para analizar la actual situación del país, los antagonismos que se aprecian en el escenario y las estrategias de unos y otros agentes. La hegemonía nos ayuda a estudiar las formas del poder en Nafarroa y en el conjunto del país, sus fortalezas y sus debilidades y también sus orígenes.

Y es que este concepto nos sirve también para analizar otros momentos históricos. La relación, siempre compleja, entre coerción y consentimiento, no es patrimonio de nuestros tiempos, sino algo tan viejo como la propia historia.

De hecho, salvando las evidentes distancias, la idea de hegemonía nos puede ayudar a entender las dificultades de los conquistadores españoles para afianzar en términos políticos su conquista militar, así como la apuesta de una parte de las élites navarras por encontrar acomodo en el nuevo escenario ofreciéndose como mediadoras entre el pueblo y los nuevos poderes. Así, el recurso a construcciones como el pacto o la idea de la continuidad del reino y sus libertades pueden observarse críticamente en el contexto de la pugna por convertir la dominación impuesta por las armas en un entramado de complicidades y consentimientos.

También usaremos, por tanto, el concepto en ese sentido más amplio, que sobrepasa los límites del presente y sus formas.

En relación a las efemérides de 2012, el punto de partida de nuestra reflexión, se ha librado, como veremos, una importante batalla, en la que la confrontación entre diferentes interpretaciones de la historia y la identidad política ha erosionado la posición hegemónica del españolismo. Hegemonía es un concepto que nos va a ayudar a comprender mejor qué ha ocurrido y por qué.

En todo caso, esta es, sobre todo, una manera de prestar atención a la política frente a quienes preferirían que nos centráramos en supuestos hechos objetivos a estudiar «apolíticamente». La idea de hegemonía nos ilustra sobre la importancia de la política, tanto en los hechos históricos como en su interpretación. Por eso, como repetiremos una y otra vez, politizar es clave para cualquier proyecto emancipador en un contexto en el que las posiciones dominantes se disfrazan de apolíticas.

4. La profecía de Jaime Ignacio del Burgo

En el que se recuerdan algunas cosillas que Del Burgo preferiría que hubiéramos olvidado

Jaime Ignacio del Burgo, ahora casi desaparecido de la escena pública, ha sido un personaje clave en la Nafarroa de las últimas décadas. Además de político y alguna otra cosilla más, ha sido un escritor muy prolífico, aunque las fuentes que ha manejado han sido, de acuerdo con sus propias confesiones, bastante escasas, tanto que en alguna ocasión ha llegado a acompañar una de sus obras con una bibliografía limitada a una historia de Navarra ¡escrita por su padre!

No se puede negar, sin embargo, la capacidad de Jaime Ignacio del Burgo para representar las esencias de la derecha españolista, aunque sus ansias de poder y protagonismo y su intransigencia lo hayan rodeado de enemigos en su propio mundo.

Del Burgo ha dado en su obra mucha importancia a los hechos de 1512 y sus diferentes interpretaciones. Sus libros-

son, en buena medida, sermones sin aparato de citas, sin profundidad analítica, sin contraste, pero llenos de verdades absolutas y fulminaciones a sus adversarios.

Sin embargo (posiblemente por eso), no debe menospreciarse su importancia en nuestra historia reciente. A sus ideas y manejos debemos gran parte del entramado ideológico, político e institucional con el que, una vez muerto Franco, se frustró de manera antidemocrática la posibilidad de un ente común para los territorios vascos peninsulares. Su influencia es notable en concepciones como la de Amejoramiento, rescatadas de otros individuos como Eladio Esparza, uno de los ideólogos de la Navarra franquista. Es difícil olvidar, por ejemplo, la genial idea de que el Amejoramiento no debía someterse a referéndum porque era algo demasiado importante.

Bien podemos decir que, si Franco se encargó de dejarlo todo atado y bien atado en el Estado español, gente como Jaime Ignacio del Burgo hizo lo propio en Nafarroa, con la vista puesta en torpedear cualquier proyecto de unidad vasca que pudiera dar al traste con el control de la sociedad navarra por parte de unas élites tan limitadas que, como veremos posteriormente, andan cerca del centenar en el periodo final del siglo xx e inicial del xxi.

Y, a estas alturas, es posible que quien me lea se pregunte por qué menciono a Del Burgo en estas primeras páginas de un ensayo titulado *Más allá de 1512*.

Tiene su explicación. Hace varios años Del Burgo escribió un opúsculo que decidió titular *El ocaso de los falsarios* (Laconte, Madrid, 2000), recreando el epígrafe elegido décadas antes por el impulsor ideológico y material del golpe de julio de 1936, Víctor Pradera, precisamente para criticar a quienes denunciaron la conquista de 1512. Pradera y Del Burgo, dos eslabones de la misma cadena, ligados ambos de un modo u otro a la dictadura de Franco, compartían esta y otras muchas cosas.

Jaime Ignacio del Burgo, en este libro, publicado en el año 2000, advertía sobre lo que a su juicio podía suceder en torno al 500 aniversario de 1512:

Conforme nos acerquemos a esa fecha se intensificarán los ataques contra la vocación española de Navarra. Un hecho histórico cierto –la conquista de Navarra por el ejército del Duque de Alba, en cumplimiento de las órdenes recibidas de Fernando el Católico–, se convertirá por obra de los exégetas nacionalistas en una especie de genocidio o exterminio de los navarros por parte de los castellanos. De nuevo aparecerán los falsarios (Ibid.).

Años más tarde, en 2011, aprovechando la presentación en Madrid de una publicación impresentable (valga el juego de palabras) titulada *La aventura del Reino de Navarra*, del Burgo volvía sobre sus escasas pero repetidas ideas, destacando que se trataba de un libro «necesario», porque la historia es utilizada como «arma arrojadiza» por una ideología política que quiere que «se trunque la trayectoria española de Navarra» (Martín, Andrés: *La gran aventura del Reyno de Navarra*, La esfera de los libros, Madrid, 2011).

Me pregunto qué les parecería a las mujeres violadas en 1512 por los conquistadores españoles, según hechos relatados por Luis Correa, testigo de la invasión y que escribía en honor del Duque de Alba, oír hablar de esa trayectoria. Pero hace tiempo que conocemos la alegría con la que se justifican atrocidades, asesinatos y todo tipo de crímenes cuando son por el bien de Dios y España.

Del Burgo aprovechó la presentación del libro para señalar que «después de treinta y cinco años, Navarra sigue siendo Navarra y no Euskadi», negando que en 1512 se produjera una «conquista» española y, por tanto, que los navarros sean «españoles por la fuerza» (Ibid.).

No creyó suficiente dejarlo ahí, así que siguió apelando a la personalidad política y las libertades forales de Navarra, que, según él, resultaron «fortalecidas» tras la incorporación a Castilla: «En 1512 se produce el reencuentro de la comuni-

dad navarra con la española, a la que naturalmente pertenece por historia, geografía e intereses comunes». Por si cabía alguna duda y siempre según *ABC* (que es bastante fiable cuando se trata de reproducir lo dicho por alguien de extrema derecha), aclaró que es «radical y falso» que se diga que hubo un Estado vasco en Navarra.

Pero nadie ha logrado convocar a la gente a salir a la calle en Nafarroa a defender estas estupideces, mientras la denuncia de la conquista ha sido capaz de ocupar y llenar el espacio público. Un dato a retener.

La historia y los enemigos de la democracia

La gran aventura del Reyno de Navarra, que debiera encuadrarse en el género de la ciencia-ficción estilo retro, es un compendio de despropósitos, algunos de los cuales, pese a lo serio de las ideas que se vierten, mueven a la carcajada.

Puede uno situarse en la perspectiva de sus autores y la naturaleza del libro mediante una jugosa entrevista que el afamado vocero de la caverna españolista César Vidal les hizo en *esradio*, la emisora del medio de extrema derecha *Libertad Digital*.

Conviene prestar atención, para empezar, al dato de que, siempre según sus autores, se trata de una obra de encargo, promocionada por un empresario preocupado por «las intenciones del nacionalismo vasco de anexionar Navarra».

Pero ahora vamos a fijarnos en su prologuista: Luis Suárez Fernández, un historiador que escribió uno de los libros más brutalmente apoloéticos de la conquista de 1512 (*Fernando el Católico y Navarra: El Proceso de Incorporación Del Reino a la Corona de España*, Rialp, Madrid, 1985). Suárez Fernández es miembro de la Real Academia de la Historia española (RAH), del OPUS, es presidente de la Hermandad del Valle de los Caídos y, por si todo esto fuera poco, forma parte de la Fundación Francisco Franco.

Este individuo se hizo famoso en 2011 por el artículo que dedicó a Franco en el diccionario promovido por la RAH, en el que glosaba la figura del caudillo. Dejando de lado otros méritos, queremos subrayar su odio visceral a la democracia, expresado de un modo muy claro en este texto de 2010:

¿Democracia? Yo siento un profundo desprecio hacia la democracia quizá porque me lo influyera aquel gran historiador del siglo II antes de Jesucristo, que se llamaba Polibio [...] y decía «la desgracia es la etapa final en la vida de una polis. Después de eso, la muerte. Ya no hay cabida, ya no hay escape. Porque la democracia no lleva a otra cosa sino al gobierno y predominio de los peores» (<http://www.hermandadvalle.org/article.php?sid=5925>).

Estas ideas están, por supuesto, mucho más extendidas de lo que podría pensarse, y son claves para entender el punto de vista de los historiadores de la caverna españolista.

Frente a quienes prefieren hacernos creer que estamos ante choques de historiografías nacionalistas (vasca contra española, en este caso), que coinciden en lo fundamental y reproducen similares esquemas, esta dimensión del odio a la democracia nos permite ir más allá de esas simplificaciones, dejando en evidencia, además, a quienes las realizan.

Hasta aquí hemos recordado a cuatro personajes que comparten una misma obsesión: el odio a la democracia. Jaime Ignacio del Burgo, basándose en la obra de su padre Jaime del Burgo, el golpista de 1936 que viajó a Italia para pedir armas a Mussolini, nos alerta sobre los falsarios. Falsarios contra los que cargaba Víctor Pradera, ideólogo del franquismo y organizador también del golpe. Suárez Fernández, defensor de Francisco Franco, historiador comprometido en la justificación del imperialismo español y concretamente de la conquista de Navarra, que vuelve a deleitarnos con lo siguiente:

Creo que estamos viviendo una etapa durísima en la historia de España y se ve muy difícil el camino de salida. Pero si hay alguno, no deberíamos olvidar las frases de don Marcelino Menéndez y Pelayo: España fue martillo de herejes, cuna de san Ignacio, creadora de imperios. Esta es nuestra grandeza y nuestra unidad (Ibid.).

Tiempo de «falsarios»

Del Burgo, Suárez y otros personajes de la caverna se movilizaron para impedir que los «falsarios» utilizáramos el aniversario de 2012. Y es que es muy honroso ser, para esta cuadrilla de cavernícolas, un falsario. De hecho, ellos son los que han aparecido como falsarios y estafadores en medio de una crisis que ha hecho caer el mito del paraíso navarro.

No creo que haya sido fácil para un Del Burgo, ya muy decrepito en todos los sentidos, asistir a la presente crisis de la empresa a la que ha dedicado toda su vida. El éxito de las movilizaciones contra la conquista ha tenido que resultarles difícil de digerir, porque el retroceso de sus ideas se produce en un contexto de rechazo cada vez mayor a la españolidad, que aparece como una auténtica ruina política, económica y social.

Su profecía se ha convertido para los españolistas en una atroz pesadilla.

Navarra, por suerte, está cada vez menos «atada y bien atada» y es visible el modo en que las tesis españolistas y su entramado político-institucional están siendo zarandeados en estos momentos de crisis y nuevos escenarios. Soplan vientos de cambio, precisamente los que los *Del Burgos* de nuestra historia reciente han intentado a toda costa evitar.

5. Un aniversario da para mucho, o no...

En el que se explica cómo el poder puede resultar incapaz de aprovechar ciertas conmemoraciones para generar consentimiento

2012 SE NOS PRESENTABA CARGADO de conmemoraciones. Desde los 75 años del bombardeo de Gernika hasta los 200 de la Constitución española de Cádiz, se agolpaban las efemérides, pero la que brillaba con luz propia, sobre todo –pero no solo– en Nafarroa era la de 1512. Tanto que, a diferencia de lo ocurrido en 1912, como veremos más tarde, ha eclipsado totalmente el centenario de la batalla de las Navas de Tolosa (Andalucía) en 1212.

Los aniversarios «redondos» de acontecimientos históricos decisivos suelen adquirir una gran importancia para las autoridades y se convierten en oportunidades para la recreación y realimentación de los relatos y discursos oficiales. En este 2012, desde el punto de vista del españolismo, tanto local como estatal, confluían dos: la batalla de las Navas de Tolosa y los hechos de 1512. Eran, en principio, dos recuerdos sobre los que desplegar una importante operación ideológica y de movilización social, por tratarse de fechas sumamente emblemáticas

para el discurso histórico-identitario españolista. Según el consejero de Cultura de Navarra Juan Luis Sánchez de Muniáin, «dos hechos relevantes»; según Yolanda Barcina, «dos efemérides de especial trascendencia histórica». Efectivamente, el relato de la Navarra foral y española se apoya, en buena medida, aunque no solo, sobre esas dos grandes fechas simbólicas.

La primera contribuye a situar Navarra en un marco «español» ya en el siglo XIII, contra todos los datos de la historia. Es la apología del Reino navarro «hispanico» y cristiano frente a los moros, con el gran tótem simbólico de las cadenas supuestamente arrancadas por Sancho el Fuerte a la guardia del jefe musulmán Miramamolín. La segunda explica el supuesto acuerdo pactado que está en el origen histórico de la ideología dominante de la Navarra foral y española, la fecha fundacional del denominado pacto eqüe-principal entre Navarra y la monarquía hispana.

Cabía esperar, por todo ello, que se organizara una potente ofensiva para celebrar estos aniversarios y aprovechar la ocasión para fortalecer el discurso españolista y generar consentimiento hacia el actual estatus político y jurídico de Navarra. Esa era, desde luego, la intención de las fuerzas españolistas cuando crearon una comisión de conmemoración, a iniciativa del Gobierno de Navarra, a la que se unió más tarde el Gobierno del Reino de España.

Han realizado grandes esfuerzos para fomentar el discurso españolista alrededor de estos dos aniversarios, que han preferido celebrar conjuntamente, pero el resultado ha estado muy lejos de sus pretensiones.

Quienes diseñaron los primeros pasos de esta «operación 2012» no fueron capaces de prestar atención a los cambios de pautas que ya se venían observando en términos económicos, sociales, políticos e ideológicos. Ajenos a las transformaciones, optaron por una estrategia basada en la organización de festejos y la venta de la bonanza económica y social como fruto de la maravillosa incorporación a España. Todo ello, claro está, en

el contexto de la defensa de una identidad navarra constantemente puesta en peligro por el «anexionismo vasco».

Por supuesto, quedaba descartada la opción de aprovechar los aniversarios para abrir una reflexión plural sobre el pasado y el presente de Navarra. No pretendían cuestionar las versiones oficiales y sus mitos, ni abrir espacios para una discusión no monopolizada por el españolismo. Planeaban hacer algunos congresos y otros saraos, ciertamente, pero dirigidos a reforzar la versión oficial sin complicarse demasiado la vida.

El plan de pan y circo se basaba, en última instancia, en organizar actividades para asentar en la sociedad la idea de que puesto que se estaba celebrando, algo habría que celebrar. No interesaba profundizar sobre aquello que se conmemoraba, sino más bien cubrirlo con una manta de frívola y superficial reflexión de cartón piedra acompañada, eso sí, de ruido y humo mediático. Una celebración que permitiera colar de rondón la versión españolista.

Todo esto disfrazado de ecuanimidad y espíritu científico. En marzo de 2011, en la apertura de uno de los eventos organizados por la Comisión de Conmemoración, Miguel Sanz, entonces presidente del Gobierno de Navarra lo explicaba así:

El Gobierno de Navarra no quiere fijar con este motivo una interpretación única y superior de los hechos acontecidos; ni quiere inculcar ideas concretas, ni impartir presiones o directrices; no pretende fijar contenidos de memoria histórica. Su pretensión ha sido, bien al contrario, reunir a especialistas prestigiosos y renombrados, con visiones, posiciones y criterios diferentes, lo que otorga al conjunto de este certamen, la apertura y el equilibrio que siempre nos hemos planteado como objetivo (en www.navarra.es, Comisión Conmemorativa, noticia del 21 de marzo de 2011).

Según Sanz, la actitud de su Gobierno ante este aniversario era «la propia de una institución pública en un sistema democrático de libertad de expresión, de difusión de ideas y opiniones» (Ibid.). En enero de ese mismo año, tras utilizar el término conquista, sin por ello modificar los planes de cele-

bración, había afirmado que los centenarios constituían «una conmemoración múltiple que pretendemos que sea rigurosa en lo científico y abierta en lo social» (Ibid.).

En el mismo sentido respondía, en el Congreso español en febrero de 2011, la entonces ministra de Cultura española González-Sinde a una interpelación de la diputada de NaBai, Uxue Barkos: «Solo el conocimiento profundo y plural del pasado nos puede llevar a un mejor futuro», dijo, aclarando que conocía que existían diferentes interpretaciones de los hechos y comprometiéndose a garantizar que todas estuvieran presentes, «primando los aspectos académicos y el rigor científico» (*Noticias de Navarra*, 16 de febrero de 2011).

Como veremos, estas declaraciones tienen poco que ver con la trayectoria y las iniciativas de esa comisión, y por supuesto, con el enfoque con el que los Gobiernos UPN-PSOE y UPN en solitario han afrontado este año de aniversarios.

Un error de cálculo en estos tiempos de cambio de escenario

Quiénes diseñaron estos planes no fueron unos lince, hay que reconocerlo. Podrá apuntarse en su defensa que no era fácil prever todo lo ocurrido desde entonces hasta la llegada de 2012, pero no es menos cierto que ya se atisbaban algunos síntomas del cambio, síntomas que no quisieron o pudieron ver. Por otro lado, por prepotencia, ceguera política o ineptitud, tampoco han sido capaces de reformular el plan para la conmemoración cuando las nuevas situaciones y la crisis han hecho imposible un escenario de grandes pompas y festejos.

Y es que, desde que en 2007 se pusiera en marcha esta comisión y, por tanto, los planes para 2012, se han producido cambios importantes que han marcado el escenario político vasco y han tenido, concretamente, una influencia notable en Nafarroa.

Hace 12 años, Alfredo Floristán, el buque insignia de la historiografía española, escribía, sobre 1512, que «en ver-

dad, aquella profunda herida había sanado sin demasiadas complicaciones». En aquellos momentos se mostraba confiado: «El proceso de conquista e incorporación de Navarra ha sido siempre políticamente relevante, aunque hoy mismo no constituya en igual medida que en otros muchos momentos un punto de referencia obligado o primordial en el debate público sobre la personalidad de Navarra y sobre su futuro inmediato» (Floristán Imízcoz, Alfredo: *Examen de la conquista castellana. La introspección de los cronistas navarros (siglos XVI-XVIII)*, Príncipe de Viana, 219, Iruñea, 2000).

Y nos mostraba que sus pronósticos tenían poco que ver con lo que finalmente ha dado de sí 2012: «cuando ya vislumbramos aproximarse el quinto centenario de la conquista, la identidad colectiva de los navarros no parece esencialmente cuestionada por aquel acontecimiento histórico» (Ibid.).

Los españolistas creían clausurado aquel debate y, por tanto, cauterizada aquella vieja herida. No se prepararon para una reñida batalla simbólica, sino para un paseo triunfal. Lo ocurrido en los últimos años, sencillamente, los ha superado. Digámoslo pronto y bien: llegó la hora de celebrar y no se atrevieron a hacerlo. Ni la gran hora española antimora de las Navas de Tolosa ni el bendito pacto de 1512. En el momento de la verdad, dejaron libre en gran medida el espacio público generando un inmenso vacío, que los agentes y discursos críticos anticelebración sí han sido capaces de llenar y hasta desbordar.

6. En Jaén y Madrid sí, pero no en Nafarroa

En el que se cuenta cómo UPN sacaba pecho a cientos de kilómetros mientras aquí se escondía

Barcina en La Carolina

Una de las primeras ideas que llama la atención en estos aniversarios ha sido la insistencia de los promotores de las cele-

braciones conmemorativas (los «*celebradores*», a partir de ahora) en buscar la complicidad española y actuar fuera de Euskal Herria.

Por supuesto, a nadie puede extrañar que el Gobierno español, tanto en la etapa de Rodríguez Zapatero como en la de Rajoy, se haya sumado a la comisión conmemoradora. A fin de cuentas, para la parte española la celebración de la conquista de Navarra encaja en el relato dominante sin ningún problema. El recuerdo de la batalla de las Navas puede resultar más cómodo a unos que a otros, pero todos los partidos del ámbito nacionalista español asumen como un logro la conformación del Reino de España mediante el expansionismo y la incorporación forzosa de territorios.

En todo caso, el Gobierno del PSOE no prestó demasiada atención al aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa. Conmemorar una tremenda carnicería de moros no parecía la mejor manera de reforzar la idea del diálogo y la alianza de civilizaciones, así que, desde su predominio institucional en el Gobierno español, la Diputación de Jaén y la Junta de Andalucía promovieron un enfoque «multiculturalista» del aniversario, para espanto del españolismo más reaccionario, que finalmente ha visto con estupor cómo la fecha pasaba con más pena que gloria, porque la llegada del PP a la Moncloa no cambió demasiado las cosas, pese a la apuesta de este partido por la recuperación del discurso españolista más rancio.

Significativamente, la Casa Real española declinó participar en los actos conmemorativos. La Falange Española titulaba en uno de sus blogs: «Los Borbones pasan, los falangistas no».

El Ayuntamiento de La Carolina, controlado por el PP, insistió contra viento y marea en organizar una celebración en clave de reivindicación de la importancia de la batalla como hito memorable de la «Reconquista». No tuvo muchos apoyos, ni siquiera en su propio partido, pero no por ello se echó atrás. Y contó para ello con el apoyo del Gobierno navarro, el único que desde 2007 quiso empujar los trabajos de

una comisión que preparara una conmemoración a gran escala de la batalla librada en 1212.

En enero de 2012, Barcina visitó esta localidad de Jaén en uno de los primeros actos celebrados, y recibió la bienvenida de su alcalde. Según el primer edil, era un «inmenso honor recibirla en esta conmemoración de la participación de Navarra en la batalla», algo «decisivo para la realidad posterior y germen embrionario de lo que hoy es España y Europa como tierras de libertad».

En julio de ese mismo año, el Gobierno navarro recibió, junto a las otras autonomías, el Ejército español y la Iglesia católica, una medalla por parte del Ayuntamiento.

Fue una celebración, según la página web del Gobierno de Navarra, «cívico-militar» y a ella acudió la vicepresidenta Lourdes Goicoechea, que señaló que «la batalla de las Navas de Tolosa supuso la conjunción de fuerzas de los reinos cristianos de la península Ibérica, con el patrocinio de la Iglesia, para avanzar en la Reconquista y reducir la dominación musulmana. Una conjunción en la que participó Navarra a través de la acción heroica de su rey Sancho VII el Fuerte y en la que también tuvo importancia decisiva otro navarro sobresaliente, Rodrigo Ximénez de Rada, arzobispo de Toledo y promotor de la bula de Inocencio III para impulsar la batalla».

Es posible que el Gobierno de UPN engañara a los reunidos en La Carolina, que debieron creer que en Navarra se iba a organizar una celebración grandiosa de este acontecimiento al que tanta importancia atribuían y que tan directamente ligaban con la trayectoria y la personalidad navarras. No hubo tal cosa, como sabemos.

El hecho de que fueran a Jaén para lanzar esos discursos refleja incomodidad ante unas celebraciones socialmente rechazadas y para las que ya no servían viejos discursos totalmente desfasados. Pero, sobre todo, UPN ha sido muy consciente de que, siendo la memoria de las Navas de Tolosa una batalla definitivamente perdida, la clave estaba en el recuerdo de 1512.

La conquista de Navarra, más fácil de defender en Madrid que en Navarra

Como destacué en mi trabajo *La vieja herida*, el españolismo siempre ha tenido conciencia de la toma de Navarra como acto de fuerza, aunque haya preferido dar por buena la versión del pacto y la libre incorporación promovida desde las élites navarras. Los gobernantes españoles nunca han tenido la menor intención de aceptar el pacto y reconocer el derecho de Navarra a romperlo, pero han seguido manteniendo esta «ficción conveniente» porque les interesaba.

Formaba parte del guion esperado, por tanto, que el Gobierno español y los principales partidos del españolismo aplaudieran estos aniversarios y dieran su apoyo a la Comisión Conmemorativa.

Lo que no parecía tan lógico es que Madrid se convirtiera en escenario principal de esta celebración, sobre todo tras la comprobación de que la cuestión de 1512 descompesaba totalmente el debate, dejando la de 1212 en un nivel notablemente inferior.

Y, sin embargo, así ha sido

Los promotores de la celebración se han encontrado mucho más cómodos en Madrid que en Navarra. Han acudido allí en numerosas ocasiones. Han ido para mover hilos, patrocinar libros y estudios y lanzar un discurso que aquí han sido incapaces de situar en la agenda. Significativamente, han tenido especial interés en presentar en la capital española (capital del españolismo, también) algunas de sus publicaciones patrocinadas.

Tanto es así que una de las principales batallas en torno al aniversario se desató a raíz de la intención de Nafarroa Bizirik, la plataforma popular creada para denunciar la conmemoración de la conquista, de ofrecer una rueda de prensa en el Congreso español.

La propuesta, que no encontró obstáculos para tramitarse en un primer momento, fue más tarde aireada por los medios

de la caverna españolista tras una denuncia de UPN. Organizaron así un escándalo que, paradójicamente, dio en Euskal Herria más centralidad a Nafarroa Bizirik, pero sirvió a UPN para repetir el mantra del anexionismo vasco, la malvada ETA y la intención de unos y otros de manipular la historia. En su delirio, llegaron a solicitar a las Fuerzas de Seguridad españolas que investigaran el movimiento popular contra la conquista y, dicho y hecho, se llegaron a publicar extractos de un informe policial que mostraba las malignas conexiones de Nafarroa Bizirik y Nabarralde, extendiendo las redes de la persecución hasta la propia Unesco, supuestamente vinculada a estos grupos.

Esta ha sido la pauta de UPN en los últimos años: ¿para qué voy a entablar un debate político, mucho menos si me resulta incómodo, si puedo recurrir al comodín de la satanización y la criminalización?

Pero en esto también patinaron, y no poco, los estrategas de UPN, al no comprender el cambio de escenario y la imposibilidad de obtener con estas tretas los resultados de otros tiempos. Por supuesto, no me refiero al ambiente en Madrid, donde los cambios no han sido precisamente en el sentido positivo que sería de desear, pero sí en Euskal Herria y, más especialmente, en Nafarroa.

Por eso, UPN, que recibió el apoyo del PP y en algunos momentos del PSOE, decidió aprovechar la ocasión e intensificar su presencia, ¡en Madrid! Dicho de otro modo, volvió a lo que ha marcado su trayectoria desde su surgimiento como partido: llamar la atención de las fuerzas dominantes en el Estado para alarmarlas y lograr su apoyo frente a un desafío ante el que se sienten débiles. El viejo cuento de la razón de Estado, el desafío separatista, la defensa de la pobre Navarra frente a la agresiva Euskadi...

UPN buscaba el público receptivo que no encontraba en Navarra y puso en marcha lo que el periódico *El Mundo* llamó, en marzo de 2012, «ofensiva parlamentaria», «para lla-

mar la atención del Ejecutivo central y de los demás grupos políticos sobre la “manipulación” histórica y política de la izquierda abertzale en torno a la conmemoración de la conquista dinástica de Navarra por Castilla en 1512».

7. Los aniversarios, un asunto de Estado

En el que se puede comprobar hasta qué punto la élite de poder navarra ha interiorizado el fracaso en su intento de instrumentalizar estos aniversarios

Pidiendo sopitas al Senado español

Vamos a analizar la interpelación que UPN realizó al Gobierno español. Llama la atención, para empezar, el medio elegido. UPN y PP comparten el control de la Comisión de Conmemoración en nombre de los gobiernos que la componen. No parece, por tanto, que necesitaran recurrir al Senado español para establecer un diálogo sobre el particular. Pero lo hicieron, por iniciativa de UPN.

¿Por qué? ¿Qué sentido tiene que la primera fuerza en el Parlamento foral navarro y en numerosos ayuntamientos, en lugar de plantear en estas instituciones la cuestión, las desvíe hacia el Senado español, donde su presencia es casi testimonial? No parece que haya muchas respuestas posibles. UPN necesitaba apoyos para sus planes de conmemoración, pero, incapaz de encontrarlos en una Navarra cada vez menos receptiva a sus mensajes, los buscó en Madrid. Es decir, intentó desplazar el epicentro de la discusión a España, algo que nos ofrece mucha información sobre la percepción que ha tenido este partido sobre este año de aniversarios.

El síndrome del sitiado

Volviendo a la interpelación, su contenido reafirma la idea de una Navarra en peligro, el tema central del discurso de UPN y,

en general, del españolismo reaccionario desde, más o menos, 1917.

La senadora Salanueva, encargada de defender la interpe-lación, comenzó afirmando que podría «parecer que este es un tema que se circunscribe única y exclusivamente a la Comunidad Foral de Navarra, a unos hechos históricos que nos competen única y exclusivamente a nosotros», pero ella «va a intentar demostrar por qué estas dos celebraciones his-tóricas tienen mucha importancia para el conjunto de España y, por supuesto, para esta Cámara, el Senado, Cámara de representación territorial».

Salanueva ofreció a los escasos senadores y senadoras presentes a esas horas una «magistral» lección de historia:

Navarra no perdió la condición de reino, porque fue una unión entre iguales, una unión llamada eqüe-principal, y se respetaron las leyes, instituciones y los fueros propios de Navarra. Tras su incorporación [...] se abre un proceso que será el que defina a Espa-ña como la primera nación moderna de Europa.

Y aclaró:

La España actual, señorías, es consecuencia de la conquista e incor-poración, pero también de la forma y manera en que se realizó esta; como dicen los estudiosos, conquista e incorporación –existe al respecto un debate muy artificial–. En cualquier caso, Navarra tuvo su fuero como derecho particular de un territorio en kontras-te con el derecho común, no ya solo el romano, sino también el propio de Castilla, y desarrolló la soberanía de su derecho funda-mentándolo en el pueblo, en las Cortes, en los tribunales y en el Poder Ejecutivo. Y a través de un complicado iter jurídico, que resumiré brevemente, hemos llegado hasta nuestros días con un sentimiento y una razón de ser y de sentirnos navarros, forales y españoles.

Salanueva, para practicar su idea de que no deben mez-clarse historia y política y deben evitarse debates artificiales, entró de lleno en todo ello:

Lo que parece claro es que, desde un punto de vista exclusivamen-te histórico, se desprenden interpretaciones políticas de que Nava-

rra no se rindió incondicionalmente en 1512 sino que exigió a cambio respeto a sus fueros conforme al pacto tradicional entre el rey y el reino. Esto es importante, pues nos encontramos ante unos debates pseudopolíticos sobre la diferencia entre conquista e incorporación, que dejaremos para otro momento y para los historiadores. Desde ese momento, Navarra continuó gozando de autonomía en esa incorporación, no era un apéndice más de Castilla –como sí lo eran otros reinos– y, por tanto, no fue un modo de supresión, y así cada reino retuvo su naturaleza.

Tras algunas aburridas disquisiciones que pasaremos por alto, llegó al meollo de la cuestión:

Como consecuencia de la celebración y conmemoración de este hecho histórico y de la razón de ser de Navarra –que hay que entenderla a lo largo de los siglos, no solo por los navarros sino por el conjunto de España–, los partidos nacionalistas vascos y, especialmente, la izquierda abertzale, han hecho motivo y causa de esta fecha diciendo que se arrebató por la fuerza del Reino de España y que, como consecuencia de ello, hay que reivindicar lo que era entonces la independencia de Navarra, sin tener en cuenta que son precisamente las actuales Vascongadas las que participaron junto con la Corona de Castilla en la invasión de Navarra.

Estas palabras provocaron algunos rumores, según el acta, pero Salanueva no se arredró:

No se puede fundamentar esa quimera, ese concepto de Euskal Herria [...]. Insisto en que este es un asunto de importancia para Navarra y el conjunto de España. Por lo tanto, no se puede fundamentar que quienes reivindican esta quimera que se denomina Euskal Herria y que tiene su origen en un pensamiento, el de Sabino Arana, de hace cien años, quieran hacerlo en lo sucedido hace quinientos años.

Ya apareció la bicha. Y una vez mencionada, la petición de ayuda:

Consideramos que es muy importante estudiar el aniversario de 1512, hacerlo con objetividad, de la mano de los historiadores, de los expertos, de los científicos, para presentar los hechos sin aditivos ni tergiversaciones, porque, si no, como siempre, el mundo abertzale concluirá con falacias sobre la construcción nacional de

Euskal Herria y cosas semejantes. Por lo tanto, nos parece clave porque es la única y mejor manera de encontrar un sentido al fuero, al valor del pacto y la lealtad en la España actual, en la España constitucional, reconociendo el valor de la conquista de Navarra en la conformación de la España actual.

Navarra 2012: un cuadro apocalíptico, para UPN

Va quedando claro:

El aniversario de 1512 se ha convertido para los partidos nacionalistas vascos, y de manera muy especial para la izquierda abertzale, en una oportunidad para manipular la historia, adoctrinar y fortalecer su mensaje de que Navarra –origen de Euskal Herria según ellos– fue invadida por España a sangre y fuego hace quinientos años; una ocupación por la fuerza que, según este relato, aun continúa hasta nuestros días. Es decir, para la izquierda abertzale transformar y reinterpretar la historia de Navarra de hace quinientos años es un asunto clave a la hora de justificar el actual conflicto –les sonará a sus señorías el término conflicto, que tantas desgracias y tantos males, empezando por la vida y la falta del respeto a la vida nos ha traído–. Como digo, el actual conflicto que se vive entre España y Euskal Herria son objetivos actuales, vigentes, objetivos de soberanía y territorialidad, de independencia política y administrativa, incluida, desde luego, la anexión de Navarra.

Por todo ello, esa estrategia diseñada en los últimos años, una estrategia planeada y difundida con el objeto de revertir la historia y conseguir apoyo social para su proyecto de anexión, está perfectamente organizada y con todos los medios y mecanismos al alcance del entorno abertzale.

Y Salanueva señalaba entonces con su dedo inquisidor a los agentes del mal:

Se han puesto en marcha dos asociaciones que ejecutan las principales acciones en torno a la manipulación del 1512: Nabarralde y Nafarroak Bizirik. Hay publicaciones multitudinarias: libros, publicaciones más sencillas, acciones en el ámbito educativo, fiestas populares y carnavales que se manipulan con la estrategia pretendida y difundida por el nacionalismo más radical. Maquetas, charlas, sedes, tiendas, bonos sociales de apoyo, conciertos, accio-

nes políticas variadas –entre las que se encuentra en ese programa una marcha nacional a Pamplona el 16 de junio como uno de los principales actos centrales–, cómics, etcétera.

Instrumentos peligrosos, armas de destrucción masiva. Y después del inventario, continua:

Desde el año 2008 se viene trabajando sin descanso, insisto, en esa manipulación de un hecho histórico ante el que lo que UPN pretende es que se estudie sin aditamentos, sin aditivos, sin manipulaciones, que lo dejemos en manos de los historiadores, pero que entre todos tengamos la capacidad —y es por lo que queremos interpelar al Gobierno— de poder divulgar esa historia que es parte de nuestro pasado y de la que tendremos que aprender para nuestro futuro.

Da la sensación de que Salanueva estaba relatando al Senado romano que los bárbaros habían superado las fronteras y se dirigían, imparables, a Roma. Para la senadora navarra, no bastaba con lo ya dicho:

El Aberriaguna [sic], un acto conocido por ustedes, se centra este año en el motivo de la conmemoración del 1512. Grupos terroristas y pseudoterroristas, como Segi, están apoyando y considerando esta conmemoración de 1512 como uno de los momentos estratégicos para los pretendidos objetivos de independencia y de territorialidad que van a estar de moda, mucho más de moda y de gran actualidad, en los próximos meses. Por otra parte, sorprende que se condene y se diga que Navarra fue sometida a sangre y fuego, y que lo argumente precisamente quien aún no ha tenido la decencia de condenar la violencia terrorista de ETA.

Uno descubre así que condenar las acciones de ETA es requisito para hacer análisis históricos. Esto sí que es un comodín. Encontramos, además, una idea muy clarificadora: los aniversarios de 2012 son un asunto de Estado. Salanueva lo planteó en términos que no dejaban espacio a la duda:

Por eso, señor ministro, hemos creído que este era un tema que transcendía de la propia visión o preocupación o interés o acción territorial, que también se está tomando en la Comunidad Foral de Navarra, porque no podemos consentir la manipulación, la falta de rigor y el aprovechamiento interesado y espúreo que partidos y agrupaciones separatistas hacen de la historia.

Señor ministro, estamos ante un asunto de Estado. Sé que tenemos asuntos muy importantes, que la crisis lo invade todo, pero no podemos renunciar a cuestiones ideológicas y a cuestiones que, desgraciadamente, van a estar de rabiosa actualidad en el futuro más inmediato [...] puesto que va a ser uno de los ejes argumentales principales de la izquierda abertzale durante los próximos meses.

¿Cuestiones ideológicas? ¿No hablábamos de rigor y de ciencia? Queda claro que es una cuestión política la que está en juego: la unidad de España. Porque «la conmemoración de 1512 es un escaparate perfecto para, tras la derrota de ETA, seguir dando pasos en los dos objetivos fundamentales, que es un ataque en la línea directa de flotación de la unidad constitucional y del actual modelo».

8. 2012: la Navarra foral y española tocada, Nafarroa Bizirik

En el que se retrata el contraste entre la fría y plana celebración oficial y la alegre y bulliciosa conrachelebración popular

Una celebración sin nada que celebrar ni nadie con ganas de celebrar

Como sugiere el tono de la interpelación de la senadora regionalista, los promotores de la celebración no se han sentido precisamente victoriosos en este 2012.

Esto ha restado mucho su visibilidad a lo largo del año. De este modo, aún contando con importantes resortes comunicativos y propagandísticos, el reto de imponer su visión era poco menos que inviable, porque la falta de fuelle ha sido percibida como un fracaso y una muestra de impotencia.

Esta renuncia forzada a una batalla de grandes dimensiones tiene una lectura política sugerente. Si, como es sabido, «el poder político tiene la necesidad de conmemorar y la de crear una memoria oficial» y «el proceso de construcción de cada memoria siempre es una elaboración política» (Pérez Garzón, Juan Sisinio: «Entre la historia y las memorias: poderes y usos sociales en juego», en Pérez Garzón, Juan Sisinio;

Manzano Morenao, Eduardo: *Memoria histórica*, CSIC, Libros de la Catarata, Madrid, 2012, p. 40), ¿qué lleva a una fuerza hegemónica a renunciar –contra su voluntad y arrinconando un plan preestablecido– a una batalla de estas características?

¿Por qué renuncia UPN a desplegar todas sus energías en una batalla tan importante, siendo la memoria «una construcción política» que asume un «papel en la formación de identidades que se nutre tanto de episodios del pasado como de promesas del porvenir» (Ibid. 40)?

Vamos a intentar responder a esas preguntas, pero antes, debemos señalar que los *celebradores* sí han movido sus fichas. Sería un error pensar que se han quedado con los brazos cruzados. De hecho, llevan años movilizandoo recursos y preparando esta contienda ideológica.

Ocurre, simplemente, que, llegado el año de los aniversarios, ni las instituciones navarras ni la Comisión de Conmemoración tenían una agenda de celebraciones más allá de unos cuantos actos de escenificación académica, que no han sido sino espectáculos sectarios con algunos historiadores despistados invitados, utilizados para encubrir la jugada y ofrecer una imagen de pluralidad que nada tenía que ver con la realidad.

Un programa en el que brillaba por su ausencia la fiesta, lo popular y los actos en la calle. Una agenda defensiva, que no contemplaba una pugna por el espacio, por el ágora, sino que suponía, de hecho, lanzar pequeñas incursiones desde sus cuarteles de invierno. Es como si hubieran planteado la batalla desde un castillo sitiado, con alguna contraofensiva limitada y evitando en todo caso salir a pelear a campo abierto.

Pese a la absoluta desproporción de fuerzas y recursos, pese a contar con la colaboración del Gobierno español, las élites económicas y el conjunto del españolismo, no han sabido plantear adecuadamente esta cuestión y el miedo escénico a organizar actos que pudieran poner en evidencia su escasa capacidad de movilizar, los han llevado a un planteamiento muy poco ambicioso.